

Sea así; pero á pesar de esto [y salvo el respecto debido á nuestra superioridad, el Cristianismo no ha pasado, pues acaba de emancipar la Grecia, de dar la libertad á los Países-Bajos, y se bate en Polonia. El clero católico ha roto á nuestra vista las cadeñas de Irlanda, y emancipado las colonias españolas conviriéndolas en repúblicas. El catolicismo, como he dicho, hace progresos inmensos en los Estados-Unidos, y toda la Europa bárbara ó civilizada se inscribe en diferentes comuniones de la forma evangélica. Si fuera posible que el mundo civilizado sufriese otra invasión, ¿quién lo invadiría? Unos soldados que ayunarian, orarían y morirían en nombre de Cristo. La filosofía de Alemania tan sábia, tan ilustrada, y á la cual me adhiero, es cristiana, y lo es asimismo la filosofía de Inglaterra. Considero una insigne pequeñez de alma el no tomar en cuenta al menos como un hecho, esa idea cristiana que vive todavía entre tantos millones de hombres en las cuatro partes del mundo; esa idea que se encuentra el Kamtschaska y en los arenales de la Tebaida, en la cumbre de los Alpes, del Cáucaso y de las Cordilleras; paréceme digo gran miseria el imaginar que esta idea haya dejado de existir porque ha desertado de nuestro mezuino cerebro.

Hay dos hombres á quienes no deseclaré el siglo, pues fruto de sus entrañas, sus talentos y sus principios reciben alabanzas incienso y admiraciones de la época presente: ambos marchan á la cabeza de todas las opiniones políticas y de todas las nuevas doctrinas literarias. Escuchemos á lord Byron y á Mr. Benjamin Constant, acerca de las ideas religiosas.

«No soy enemigo de la religión, todo lo contrario; en prueba de ello educo á mi hija natural bajo la fe de un riguroso catolicismo en un convento de la Romanía porque opinión que nunca se puede tener bastante religión cuando se tiene alguna. Y porque de día en día me inclino mas á las doctrinas católicas.» (*Memorias de lord Byron*, tom. V, pág. 172.)

Durante su destierro en Alemania en tiempo del gobierno imperial, se ocupó Mr. Benjamin Constant en escribir su obra sobre la religión. Da cuenta de su trabajo á uno de sus amigos (1), en una carta autógrafa que tengo á la vista, y de la cual copiaré un pasaje muy notable:

Hardemberg 41 de octubre de 1811.

«He continuado trabajando lo mejor que he podido en medio de tantas ideas; tristes. Confío en que dentro de pocos días verá redactada en su totalidad por vez primera mi *Historia del politeísmo*. He renovado todo su plan y mas de las tres cuartas partes de los capítulos. Esto era necesario para coordinar el orden que tenia concebido, y que juzgo haber realizado; necesario ha sido también hacerlo así porque como sabéis, no soy ya aquel filósofo intrépido, seguro de que nada hay despues de este mundo, y tan contento con él, que se regocija de que no hay otro. Mi obra es una prueba singular de lo que dice Bacon, que el principio de los conocimientos conduce al ateísmo, y la perfección de ellos á la religión. Profundizando los hechos, recogidos de todas partes y luchando contra las innumerables dificultades que oponen á la incredulidad, me he visto obligado á retroceder en las ideas religiosas. Ciertamente que lo he hecho de buena fe, porque cada paso retrógrado me ha costado mucho. Aun en estos momentos todos mis hábitos y todos mis recuerdos son filosóficos, y defendiendo palmo á palmo todo el terreno que la religión me vuelve á conquistar. Hay además en todo esto un sacrificio de amor propio porque imagino que es difícil hallar una lógica mas estricta que la empleada por mi para atacar todas la

(1) Mr. Ochet que es en la actualidad secretario general del consejo de Estado.

opiniones de este género. Mi libro no tenia absolutamente otro defecto que estar estricto en sentido opuesto á lo que ahora me parece verdadero y bueno, y hubiera obtenido indudablemente un triunfo de partido. Aun hubiera logrado también otro resultado feliz, porque con algunas ligeras variaciones hubiera adoptado el plan que mas agradaría en la actualidad: un sistema de ateísmo para las gentes de rango; un manifiesto contra los sacerdotes, y todo esto combinado con la acostumbrada narración para el pueblo de ciertas fábulas, narración que satisface al mismo tiempo al poder y á la vanidad.»

Consiento en pasar por espíritu retrógrado con Herder, con la escuela filosófica de Alemania, y finalmente con Mr. Benjamin Constant y lord Byron.

La sociedad se halla atormentada en el día por una necesidad de creencia que se manifiesta en todas partes. En vano se pretende satisfacer la avidez de los ánimos, esforzándose en fanatizarlos con una verdad material que también los engaña, puesto que el raciocinio se cambia en abstracción. Este entusiasmo efímero no conduce lejos á la juventud, porque ni puede librarse de la tristeza que la abruma, ni llenar el vacío que ha dejado en ella la falta de toda fe. No se admira durante mucho tiempo un puñado de barro sensitivo, aunque esté compuesto de espíritu y de materia, y forme esa pretendida unidad humana, cuyo sistema renovado de los Griegos, es además un ensueño de una secta budhista. ¡Cuánta miseria sería que esta vida de un día no fuese otra cosa que la conciencia íntima de nuestra nada!

Tal es la serie de ideas y de hechos que el lector encontrará en los presentes *Estudios históricos*. Sé que con este análisis despojo á mi trabajo del principal atractivo de la curiosidad. Si abrigase la esperanza de ser leído, me habría abstenido de privarme del medio mas seguro de triunfo; pero carezco de tal esperanza. Un extracto, aunque sea ya demasiado largo, me deja al menos la eventualidad de dar á conocer las verdades que he creído útiles, y que permanecerían oscuras en las dilatadas páginas de estos volúmenes. Como autor me equivoco, como hombre tengo razón. Cuando hemos vivido y padecido mucho, hemos aprendido también mucho: á fuerza de vigiliias y de trabajar durante el día; á fuerza de manejar penosamente el arado ó la vela, los viejos labradores, como los viejos marineros llegan á conocer el cielo y á saber predecir las tormentas. Réstame solo dar gracias á las personas que me han ilustrado con sus trabajos ó consejos.

Debo á la finura y á las bondades del baron de Bunsen, ministro de S. M. el rey de Prusia en Roma, un excelente extracto de los *Nibelungos*, que se halla al fin de estos *Estudios*. El sabio Mr. Bunsen era amigo del gran historiador Niebuhr: mas venturoso que yo, registra todavía aquellas ruinas donde yo esperaba restituir á la tierra, imagen por imagen, mi pobre arcilla en cambio de alguna estatua desenterrada.

El conde de Tourgueneff, antiguo ministro de instrucción pública en Rusia, hombre de universales conocimientos, se ha dignado comunicarme interesantes datos sobre los historiadores de Polonia, Rusia y Alemania.

Para disipar ciertas dudas relativas á algunos puntos de la filosofía de los padres de la Iglesia, me he dirigido á Mr. Cousin; y he visto que el verdadero sabio es siempre accesible.

Mis instructivas conversaciones con mi compatriota Mr. Dubois, me han ilustrado sobre los sistemas religiosos del Oriente. Al hablar de los hombres que hacen honor á mi país, he hecho observar que la Breñaña contaba en la actualidad al abate de Lamennais: ssi Mr. Dubois publica la obra que actualmente escribe sobre los orígenes del Cristianismo, tendré un nuevo motivo para felicitar á la Francia.

ESTUDIO PRIMERO.

EXPOSICION.

TRES verdades componen la base del edificio social: la verdad religiosa, la filosófica y la política.

La verdad religiosa es el conocimiento de un Dios único, manifestada por medio de un culto.

La verdad filosófica es la triple ciencia de las cosas intelectuales, morales y naturales.

La verdad política es el orden y la libertad: el orden es la soberanía ejercida por el poder: la libertad es el derecho de los pueblos.

Cuando menos desarrollada está la ciudad, mas confusas aparecen estas verdades: combátense entre sí en la ciudad imperfecta, pero nunca se destruyen: y de su combinación con el entendimiento, las pasiones, los errores y los acontecimientos, nacen los hechos históricos. Entre el extruendo ó el silencio de las naciones, en la profundidad de las edades, en los extravíos de la civilización ó en las tinieblas de la barbarie, murmura siempre alguna voz solitaria que reclama las tres verdades fundamentales, cuyo uso constante y completo conocimiento dará por resultado la perfección social.

La sociedad, á pesar de que alguna vez parece retroceder, no cesa de marchar adelante. La civilización no describe un círculo perfecto, ni se mueve en línea recta: es en la tierra como el navio en el mar, que combatido por la tempestad bordea, retrocede y es desviado por las olas del derrotero que se propone seguir; pero al fin halla á fuerza de tiempo prósperos vientos, adelanta diariamente algo en su verdadero rumbo, y aborda al puerto hácia donde habia desplegado sus velas.

Examinando las tres verdades sociales en el orden inverso, y empezando por la verdad política, prescindamos de las antiguas nociones de lo pasado.

La libertad no existe exclusivamente en la república, á donde la habian relegado los publicistas de los dos últimos siglos, imitando á los publicistas antiguos. Las tres divisiones del gobierno, en monarquía, aristocracia y democracia, son puerilidades de escuela en lo relativo al goce de la libertad: puede encontrarse esta en cualquiera de las formas referidas, del mismo modo que puede verse excluida de ellas. No hay sino una constitución real para todos los Estados: la libertad; la forma de esta es indiferente.

La libertad es de derecho natural y no de derecho político, como se ha sustentado harto inoportunamente; el hombre la ha recibido el nacer bajo el nombre de independencia individual. Por consiguiente, y como derivación de estos principios existe esta libertad en partes iguales en las tres formas de gobierno. Ningun príncipe, ninguna asamblea podrían daros lo que no le pertenece, ni arrebataros lo que es nuestro.

Dedúcese también de aquí que la soberanía no es ni de derecho divino, ni de derecho popular, sino que es el orden establecido por la fuerza; es decir, por el poder admitido en el Estado. El rey es el soberano en la monarquía; el cuerpo aristocrático en la aristocracia, y el pueblo en la democracia; pero estos poderes son incapaces de comunicar la soberanía á otro objeto que no sea ellos mismos, porque allí no hay rey, ni aristocracia, ni pueblo que puedan destronarse.

Establecidas estas bases, el historiador no debe apasionarse por la forma monárquica, ni por la republicana: haciendo abstracción de todo sistema político, no profesa odio ni amor á los pueblos ni á los reyes; los juzga con relación á los siglos en que vivieron, sin

Mr. Pouqueville me ha facilitado no pocas noticias indispensables á mi trabajo, y he seguido sin temor de extraviarme al que fue mi primer guía en los campos de Esparta. Ambos visitamos las ruinas de Grecia cuando aun no las alumbraba sino un pálido destello de pasada gloria, y ambos defendimos la causa de nuestros antiguos huéspedes, quizá no sin fruto; á lo menos, cuando leo en el *Child-Harold* de lord Byron algunos pasajes de mi *Itinerario*, me anima la esperanza de que merced al auxilio de este inmortal intérprete, no se perderán enteramente mis palabras en favor de un pueblo desventurado.

Puede leerse con fruto una disertación con que Mr. Lenormant ha tenido á bien permitirme enriquecer mi obra. Mr. Lenormant ha recorrido el Egipto con Mr. Champollion, ha leído las inscripciones en aquel, los mudos monumentos seculares, que acaban de levantar de nuevo su voz en sus desiertos.

De hoy mas no tornará á decirse de las Pirámides.

Vingt siecles descendus dans l' éternelle nuit.
Y sont sans mouvement, sans lumiere et sans bruit.

Los antiguos han atribuido constantemente al Oriente el Origen de las religiones griegas; y sobre tal base refutada sin embargo en nuestros días, ha apoyado Mr. Creuzet su grande obra de las *Religiones de la antigüedad*. Desde la publicación de este libro el estudio religioso de la antigüedad ha hecho progresos, y se descubren de día en día los secretos de la Persia y de la India. El *Ensayo sobre la Religión de la Arcadia*, de que se ocupa Mr. Lenormant, comprenderá el paso de las tradiciones orientales á Grecia, en su forma mas pura y menos alterada. El sabio arqueólogo Panofka une su trabajo al de Mr. Lenormant.

Mr. Ampere, hijo del ilustre académico á quien la ciencia debe descubrimientos que admira el mundo sabio, me ha enseñado con suma complacencia algunas de sus traducciones y estudios escandinavos. Estos estudios son el extracto de una grande obra á que Mr. Ampere ha consagrado sus ocios, obra que será la historia de la poesía de los diferentes pueblos, de la poesía tomada en la esencia misma de la palabra, y como la parte mas real y ciertamente la mas viva de la inteligencia humana. Mr. Lenormant y Mr. Ampere pertenecen á esa juventud reflexiva que custodia hoy la hija de nuestros infortunios y la esclava de nuestra gloria, es decir, la libertad. ¡Ojalá la guarde como debe!

He tenido noticia por conducto de las escuelas de Alemania, de notas instructivas de Mr. Barchoux, apresurándome á aprovecharme de ellas.

He encontrado en los directores de nuestras bibliotecas y de nuestros archivos nacionales, esa urbanidad y complacencia que nunca se cansa, y que los hace tan apreciables á sus compatriotas y á los extranjeros.

Finalmente, Mr. Daniello ha escudriñado los manuscritos, los libros y los pasajes que yo le he indicado en el discurso de mi trabajo; le debo este testimonio público, y al separarme de él como del resto del mundo, me atrevo á recomendarle al que necesite la ayuda de un literato instruido y laborioso.

¿Qué me resta decir? Nada excepto ese adiós que la natural honradez de nuestros autores galos daba en otro tiempo al lector en sus prefacios. Imitaré su ejemplo: mis largas relaciones con el público justifican esta intimidad. Así pues, dirigiéndome á la nueva Francia le digo: «Adiós, amigo lector. A ti te quedan tu juventud, un largo porvenir y todo cuanto rodea una existencia que empieza; á mí me quedan horas marchitas y sin vigor, lo pasado en vez de lo futuro, y la soledad que se forma en derredor de una vida que termina. *Tú lector, vale et juvantem aut certe volentem, ama.*»

aplicar por fuerza á sus costumbres teoría alguna, sin atribuirles ideas que no tenían ni podían tener, cuando todos á la par yacían en un estado igual de infancia, de sencillez y de ignorancia.

La libertad es un principio que nunca se pierde; porque si se perdiese, la sociedad política se disolvería: pero la libertad, bien comun, es usurpada con frecuencia. Poseyeronla primero en Roma los reyes, heredaronla despues los patricios, pasó luego á los plebeyos, y al abandonar á estos se afilió en el ejército: mas, cuando las legiones corrompidas y derrotadas le volvieron la espalda, se refugió en los tribunales y hasta en el palacio del príncipe, entre los eunucos, de los que pasó al clero cristiano.

Las revoluciones no tienen mas que un motivo y un objeto: el goce de la libertad por un individuo, por algunos individuos ó por todos.

Cuando se conquista la libertad en provecho de un hombre, truécase en despotismo, el cual consiste en la servidumbre de todos y en la libertad de uno solo: cuando es conquistada por muchos, se convierte en aristocracia; y cuando la conquistan todos, recibe el nombre de democracia, que es la opresión de todos por todos, porque entonces reina la confusión del poder y de la libertad, del gobernante y del gobernado.

Entre los antiguos era la libertad una religión, pues tenía sus altares y sus sacrificios. Bruto le inmoló sus hijos: Codro le sacrificó su vida y su cetro; era austera, ruda, intolerante y capaz de las mayores virtudes, á semejanza de todas las creencias vigorosas, como la fe.

Entre los modernos, la libertad es la razón; existe sin entusiasmo, se la ama porque conviene á todos; á los reyes, cuya corona asegura regularizando el poder, y á los pueblos, porque no necesitan precipitarse en las revoluciones para encontrar lo que poseen.

Vengamos á la verdad filosófica. Esta, protegida por la libertad política, le comunica nueva fuerza, y hace subir las ideas teóricas á la eminencia de las garantías sociales, al paso que extiende las ideas prácticas por las clases laboriosas.

La verdad de que hablamos no es otra cosa sino la independencia del entendimiento humano: tiende á descubrir, á perfeccionar en las tres ciencias que le competen; la ciencia intelectual, la moral y la natural: esta consiste en el exámen de la constitución de la naturaleza, desde el estudio de las leyes que rigen lo mundos, hasta las que hacen vejetar la yerba ó mover el insecto.

Pero la verdad filosófica, lanzándose hácia el porvenir, se ha hallado en contradicción con la verdad religiosa, que está enlazada con lo pasado, porque participa de la inmovilidad de su eterno principio. Hablo aquí de la verdad religiosa mal entendida, pues no tardaré en demostrar que la verdad religiosa del Cristianismo, restituido á su índole primitiva no es enemiga de la verdad filosófica.

De la antigua lucha de la verdad filosófica con la verdad política y la religiosa, nace una serie inmensa de hechos. Entre los Griegos y los Romanos, la verdad filosófica minó el culto nacional, y se estrelló contra el orden moral y el político: en las repúblicas combatió en vano esa libertad servida por esclavos, libertad privilegiada, egoísta, exclusiva, que no veía sino enemigos fuera de la patria: en los imperios la verdad filosófica se dejó corromper por el poder, é ignoró las primeras nociones de la moral universal.

Esta verdad ha producido en el mundo moderno acontecimientos y catástrofes de todas clases: la independencia del entendimiento del hombre, manifestada unas veces por la sublevación de los pueblos, y otras por las herejías, irritó á la verdad religiosa, oscurecida por la ignorancia. De aquí nacieron las guerras civiles, las proscripciones, el acrecentamiento del poder temporal del clero, y del despotismo de los re-

yes. La verdad religiosa se adormecía, y la libertad filosófica se aprovechaba de su sueño, narrando la historia, deslizándose en las leyes civiles é interviniendo en las políticas; y atacando indirectamente la verdad religiosa, echaba en cara al clero su avaricia, su ambición y sus costumbres; asimismo combatía directamente el orden establecido, haciendo á la misma sombra de los claustros, esos descubrimientos que debían producir una revolución general. La imprenta se convirtió en agente principal de las ideas, desprovistas hasta entonces de órganos inteligibles para la muchedumbre. Conociendo entonces por primera vez la verdad filosófica que había llegado á ser una potencia popular, se arrojó sobre la verdad religiosa, con impulso tal, que estuvo á punto de ahogarla.

En nuestros días la verdad filosófica no está ya en pugna con la religiosa y la política: la libertad moderna, sin esclavos y sin intolerancia, es una libertad que coincide con la verdad filosófica, de modo que la independencia del entendimiento del hombre, hostil en los tiempos antiguos á la sociedad religiosa, y política, la ayuda y la sostiene hoy. Las luces propagadas componen ahora, de los anales particulares de los pueblos, los anales generales de los hombres: el escritor debe pues en lo sucesivo hacer marchar de frente la historia de la especie, y la del individuo.

Pasemos á la verdad religiosa, es decir, al conocimiento de un Dios único, manifestado por un culto.

Esta verdad ha constituido hasta ahora el movimiento principal de la especie humana: encuéntrase en el principio de todas las sociedades, cuya primera ley fue; envuelve en sí misma la verdad filosófica y la política, mas no tardaron los hombres en alterarla.

La verdad filosófica comenzó por medio de las iniciaciones, las luces religiosas que involucra con sus doctrinas especulativas. Los platónicos y los estoicos crearon algunos hombres contemplativos, inteligentes, morales y virtuosos; pero las escuelas fueron entregadas á la irrisión: el vulgo se burló de los peripatéticos que cultivaban las ciencias naturales; nadie se propuso ir á habitar la ciudad pedida á Galierno para gobernarla según las leyes de Platon. Los filósofos, ó aceptando el culto dominante en su siglo, ó intentando dirigir los pueblos por medio de ideas abstractas, incurrieron en los errores comunes, ó no tenían superioridad alguna sobre la multitud. Ignoraban lo que da cumplida explicación de todo, esto es, el Cristianismo: este nos induce á hablar de la verdad religiosa conforme á los pueblos modernos civilizados de esa verdad de que ha brotado la mayor parte de los acontecimientos ocurridos desde el nacimiento de Jesucristo hasta nuestros días.

El Cristianismo, cuya era no principió hasta la mitad de los tiempos, vió la luz en la infancia del mundo. El hombre recién creado, peca por orgullo, y es castigado, abusa de las luces de la ciencia, y es condenado á las tinieblas del sepulcro. Dios había creado la vida, el hombre creó la muerte, y esta llegó á ser su única necesidad.

Empero toda falta puede expiarse: ofreceráse, pues en sacrificio un holocausto divino, y rescatado el hombre quedará rehabilitado para sus inmortales destinos.

Tal es el fundamento del Cristianismo. Al resplandor de este sistema, descórrase el velo de los humanos misterios: el mal moral y el mal físico quedan explicados: ya no nos vemos obligados á negar la existencia de Dios y la del alma, para aclarar las facultades recurriendo á las leyes de la materia, que nada iluminan y que son mas incomprensibles que las de la inteligencia.

La solidaridad de la especie por la falta del individuo, depende de fines elevados que destruyen la aparente injusticia. Verse encadenado al bien en castigo de una primera rebelión, es una de las grandezas del

hombre: Los hijos de Adán trabajando en comun para perfeccionarse y librarse de la falta de su padre comun, ¿no producirán por último la rehabilitación de su raza? Sin la mancomunidad de obligaciones de familia ¿de dónde nacerá nuestra simpatía ó antipatía, á las resoluciones generosas ó á las acciones perversas? ¿Qué nos importaría el vicio ó la virtud distante, tres mil años ó tres mil leguas de nosotros? Y no obstante, ¿nos son indiferentes? ¿No sentimos que nos interesan, nos comueven y afectan de una manera personal é íntima?

La posteridad de Adán se dividió en dos ramas: la segunda, esto es, la de Abel, conservó la historia de la caída y de la redención prometida, la primera con el primer homicida, olvidó su recuerdo y guardó no obstante los usos que consagraban una verdad olvidada. Hállase el sacrificio humano en todos los pueblos, cual si hubiesen conocido la necesidad de redimirse; pero no eran bastantes por sí mismos para conseguir rescatarse. Establecióse una perpétua liberación de sangre; la guerra y la ley la derramaron: el hombre se abrogó sobre la vida de su semejante un derecho que no tenía; derecho que radicaba en la idea confusa de la expiación y del rescate religioso. Una vez verificada la redención en el sacrificio de Jesucristo, la pena de muerte hubiera debido quedar completamente abolida, mas solo se perpetuó por una especie de crimen legal. El Salvador había dicho en un sentido absoluto: *No matarás*.

Bossuet ha hecho de la verdad religiosa el fundamento de todo, agrupando los hechos en derredor de esta verdad única con incomparable magestad. Todo cuanto ha ocurrido en el universo, es en concepto del obispo de Meaux, el mero cumplimiento de la palabra de Dios: la historia de los hombres es para él la historia de un hombre, el primogénito de las generaciones formado por la mano del Criador, animado por su soplo, hombre caído, hombre redimido con su raza, y capaz en lo sucesivo de encumbrarse á las alturas de su perdido rango. Bossuet desprecia los documentos de la tierra, y busca en el cielo sus títulos. ¿Qué le importa este imperio del mundo, presente de ningún valor, como él mismo lo dice? Si se muestra parcial, es por el mundo eterno: escribiendo al pie de la cruz, hace caer los pueblos bajo el signo de la salvación, bien así como somete los acontecimientos al dominio de su genio.

Entre Adán y Jesucristo, entre la cuna del mundo colocada en la montaña del Paraíso terrenal y la cruz levantada en el Gólgota, hormiguean, por decirlo así, naciones sumidas en la noche de la idolatría, y arrastrando la maldición fulminada contra el padre de familia. Véanse retratadas en breves toques de pincel con sus vicios y sus virtudes, con sus artes y su barbarie, de modo que esas muertas naciones resucitan lozanas: el nuevo Ezequiel reanima con su soplo los áridos esqueletos. Pero en medio de estas naciones descuella un reducido pueblo que perpetúa la tradición sagrada, y hace oír de tiempo en tiempo palabras proféticas. Nace el Mesías; la raza vendida desaparece, y la rescatada empieza; Pedro lleva á Roma los poderes de Jesucristo, y se verifica la renovación del universo.

Puede adoptarse el sistema histórico de este eminente prelado y escritor, si bien con una rectificación notable: Bossuet encerró los acontecimientos en un círculo tan riguroso como su genio; todo en él se halla encadenado dentro de un Cristianismo inflexible. La existencia de ese círculo terrible, en que giraba el género humano en una especie de eternidad, sin progreso y sin perfección, no es por fortuna otra cosa que un imponente error.

La sociedad es un diseño de Dios: en sentido de Bossuet, Dios realizó este diseño por medio de Jesucristo; pero el Cristianismo no es un círculo incapaz de extensión; lejos de ser así, es una órbita que se en-

sancha á medida que se dilata la civilización, por lo cual no comprime ni ahoga ninguna ciencia, ninguna libertad.

El dogma que nos manifiesta que el hombre degradado volverá á encontrar sus gloriosos fines, presenta un sentido espiritual y otro temporal: en virtud del primero el alma comparecerá ante Dios limpia de la culpa original; en virtud del segundo el hombre recupera las luces que perdiera al entregarse á sus pasiones, causa de su caída. De este modo, nada se doblega violentamente á mi sistema, ó por mejor decir, al sistema de Bossuet rectificado: por el contrario, este sistema se plega á los acontecimientos, y envuelve la sociedad, dejándole su libertad de acción.

El Cristianismo divide la historia del género humano en dos partes distintas: desde la creación del mundo hasta el nacimiento de Jesucristo, vemos la sociedad con esclavos, con la desigualdad de los hombres entre sí, y con la desigualdad social del hombre y de la mujer: desde Jesucristo hasta nosotros brilla la sociedad con la igualdad de los hombres entre sí, con la igualdad social del hombre y de la mujer, la sociedad sin esclavos, ó por lo menos sin la esclavitud como principio.

La historia de la sociedad moderna se inaugura por lo tanto en la cruz. Para conocerla bien, es preciso observar en qué difiere desde su nacimiento esta sociedad de la sociedad pagana, cómo descompuso esta, y qué nuevos pueblos se mezclaron á los cristianos para precipitar el poder romano y abismar el orden religioso y político del mundo antiguo.

Si se considera el Cristianismo en todo el vigor de la ortodoxia, esto es, haciendo de la religión católica el complemento de toda sociedad, ¿qué espectáculo mas grandioso que el principio y establecimiento de esta religión?

Hé aquí todo lo que desde luego se descubre:

A medida que el politeísmo se hunde, y se propaga la revelación, se conocen mas á fondo los deberes de la familia y los derechos del hombre; pero el imperio de los Césares es condenado terminantemente, y solo recibe las semillas de la verdadera religión para que no perezca todo en su naufragio. Los discípulos de Jesucristo, que preparan á la sociedad un camino de salvación interior, facilitándola al mismo tiempo otro en el exterior, van á buscar á lejanos países, los herederos del mundo romano para desarmarlos.

Hállabase este mundo harto corrompido y lleno de vicio, de crueldades, de injusticias; harto alucinado con sus falsos dioses y sus espectáculos, para que pudiera ser enteramente regenerado por el Cristianismo. Una religión nueva necesitaba pueblos nuevos; era preciso á la inocencia del Evangelio la inocencia de los hombres rústicos, y una fe sencilla reclamaba corazones sencillos como ella.

Una vez adoptados por Dios sus altos designios, los puso por obra. Roma que no veía en las fronteras sino vastas soledades, creyó que nada debía temer; y sin embargo en aquellos campos desiertos reunió el Todopoderoso el ejército de las naciones. Mas de cuatrocientos años fueron necesarios para reunir aquel innumerable ejército, aunque los bárbaros, impelidos como las olas del mar, se desbordaron como ellas. Conduciales cierto instinto milagroso, y cuando carecían de guías les servían de tales las fieras de los bosques. Oyeron una voz en los cielos que los llamaba del Septentrion y el Mediodia, de Poniente y de las regiones de la aurora. ¿Quiénes eran? Solo Dios sabe sus verdaderos nombres. Tan desconocidos como los desiertos de donde salían, ignoraban de dónde venían, pero no á donde se encaminaban; dirigíanse al Capitolio, convocados, según decían, á la destrucción del imperio romano, cual si marcharan á un banquete.

La Escandinavia apellidada fábrica de las naciones,

fue la primera á quien se llamó para que pusiese en movimiento estos pueblos: los Cimbrios atravesaron antes que otro alguno el Báltico, y se dejaron ver en las Galias y la Italia, cual la vanguardia del ejército exterminador.

Un pueblo que ha dado su nombre á la barbarie misma, y que sin embargo no tardó en civilizarse, los Godos, salieron de la Escandinavia despues de los Cimbrios, á quienes habian quizá arrojado. Estos intrépidos bárbaros se multiplicaron en su marcha, en la cual se les unieron por alianza ó por conquista los Bastarnos, los Venedos, los Sangos, los Roxalamos, los Eslavos y los Alanos: los Eslavos se extendieron á espaldas de los Godos en las llanuras de la Polonia y de la Moscovia, y los Alanos ocupaban las tierras valdías situadas entre el Volga y el Tanais.

Al acercarse á las fronteras romanas, los Allamanes (alemanes), que son quizá una parte de los Suevos de que habla Tácito, ó una confederacion de *toda clase de hombres* se colocaban delante de los Godos y se reunian á los Germanos propiamente dichos, que poblaban las orillas del Rhin. Hallábanse entre estos, en el Alto-Rhin, naciones de origen galo, y en el Rhin-Inferior tribus germánicas, que asociadas para conservar su independencia, se denominaban á sí mismas *Franco*. Esta gran division de soldados del Dios-Vivo, compuesta de las cuatro lineas de los Eslavos, Godos, Alemanes y Germanos, con todas sus mezclas de nombres y de razas, apoyaba su ala izquierda en el mar Negro, la derecha en el mar Báltico, teniendo á su frente el Rhin y el Danubio, débiles vallas del imperio romano.

El mismo brazo que levantaba las naciones polares, arrojaba de las fronteras de la China las hordas de Tártaros, convocadas á la cita (1). Mientras Neron derramaba la primera sangre cristiana en Roma, los ascendientes de Atila caminaban en silencio por los bosques, é iban á posesionarse de la parte oriental del imperio; hallábanse por un lado separados de los Godos tan solo por la laguna Meotis, y tocaban por el otro á los Persas á quienes habian casi subyugado, y que continuaban la cadena con los Arabes ó los Sarracenos en el Asia, estos, daban en Africa la mano á las turbas errantes del Bargah y del Sahara, y estas estaban en contacto con los Moros del Atlas, concluyendo de encerrar dentro de un círculo de pueblos vengadores, así á los falsos dioses que habian invadido el cielo, como á los romanos que habian oprimido la tierra.

Así se presenta el Cristianismo en los cuatro primeros siglos de nuestra era, al contemplarle con la persuasión de su origen divino; pero, si sacudiendo el yugo de la fe, nos colocamos en otro punto de vista, cambiará la perspectiva, mas nada habrá perdido de su grandeza.

Ora sea cierto producto de la civilizacion y de la sabiduría de los tiempos, cierto trabajo de los siglos, cierta elaboracion de la moral y la inteligencia, ó cierto compuesto de diferentes doctrinas, de diversos sistemas metafísicos y astronómicos, envuelto todo esto en un simbolo para hacerlo mas sensible al vulgo; ora sea la idea religiosa innata, que despues de haber bogado errante de altares en altares, de sacerdotes en sacerdotes, concluyó por encarnarse; mito el mas puro; eclecticismo de las grandes civilizaciones filosóficas de la India, la Persia, la Judea, el Egipto, la Etiopia, la Grecia y las Galias, especie de Cristianismo universal anterior al Cristianismo judaico, y mas allá del cual nada hay sino la esencia misma de la filosofia, sea de

(1) Segun el sistema de Guignes, fundado en indagaciones modernas, los Hunos eran originarios de la Filandia. Véase á Klaproth en sus *Cuadros históricos del Asia*; y á Mr. Saint-Martin, en sus sabias notas á la *Historia del Bajo Imperio*, por Lebeau.

esto lo que se quiera, para elevarse sobre la simple fe, por medio de humanas fuerzas, no por eso es menos cierto que el Cristianismo, aun desnaturalizado así, interpretado y alegorizado, aparece siempre como la revolucion mas trascendental de que han sido testigos los hombres.

El libro de la historia moderna permanecerá cerrado sino se considera el Cristianismo ó como una revelacion que ha operado una trasformacion social, ó como un progreso natural del espíritu humano hácia la civilizacion universal: ya sea sistema teocrático, sistema filosófico, ó ambas cosas á la vez, solo él puede iniciarnos en el secreto de la nueva sociedad.

Admitir, segun la opinion del siglo pasado, que la religion evangélica es una supersticion judaica, que vino á mezclarse con las calamidades de la invasion de los bárbaros; que esta supersticion destruyó el culto poético, las artes y las virtudes de las antigüedad; que precipitó á los hombres en las tinieblas de la ignorancia; que se opuso á la restauracion de las luces, y causó todos los males de las naciones; admitir esto, repito, es medir dimensiones colosales con la escala mas mezquina; es cerrar los ojos al hecho dominante de toda aquella época. El siglo pensador en que vivimos, no puede explicarse la ligereza de juicio, y las superficiales miras del siglo que nos ha precedido. Una religion que ha cubierto el mundo con sus instituciones y sus monumentos; una religion que ha sido el regazo y el molde en que se formó y pulió nuestra sociedad entera ¿no habria tenido otros fines, otros medios de accion que la prosperidad de un convento, las riquezas de un clero, los privilegios de una abadía, los cánones de un concilio, ó la ambicion de un papa?

Los resultados del Cristianismo son tan extraordinarios así filosófica, como teológicamente hablando: decidase el lector á elegir prodigios.

Desde luego, el Cristianismo filosófico es la religion intelectual sustituida á la material, el culto de la idea que reemplaza al de la forma, de aquí procede un órden diferente en el mando intelectual, un modo distinto de deducir y practicar la verdad religiosa.

Y obsérvese además que por donde quiera que el Cristianismo ha encontrado una religion material, ha triunfado de ella casi sin resistencia; en tanto que ha penetrado lentamente en los países donde dominaban religiones de naturaleza espiritual, como él: así es que en la India empeñó largos combates metafísicos, á semejanza de los que presentó, á las herejías ó á las escuelas de la Grecia.

Todo cambió con el Cristianismo, aunque solo se le considere como un acontecimiento humano: la esclavitud dejó de ser el derecho comun; la mujer recobró su puesto en la vida civil y social, y la igualdad, principio desconocido de los antiguos, fue proclamada. La prostitucion legal, la exposicion de los niños, el asesinato autorizado en los juegos públicos y en la familia, y por último, la arbitrariedad en el suplicio de los reos sentenciados, quedaron sucesivamente abolidos de los códigos y de las costumbres. Los hombres abandonaron la civilizacion pueril, corruptora, falsa y privada de la sociedad antigua, para entrar en la senda de la civilizacion moral, razonable, verdadera y general, de la sociedad moderna: pasaron de los dioses á Dios.

La historia no presenta sino un solo ejemplo de la trasformacion completa de la religion de un pueblo dominador y civilizado; y este ejemplo único se halla en el establecimiento del Cristianismo sobre las ruinas de las idolatrías, plaga de que estaba infestado el imperio romano. Aun bajo este solo punto de vista, ¿qué entendimiento medianamente reflexivo no procurará estudiar tal fenómeno? El Cristianismo no vino para la sociedad, como Jesucristo para las al-

mas, á manera de ladron, *tanquam fur*; apareció en la mitad del dia, en medio de todas las luces, y en el mas alto período de la grandeza latina.

No vino á combatir unas hordas salvajes, (ya les saldrá al encuentro cuando sea necesario), sino que asestó sus golpes á los vencedores del mundo, á la antigua civilizacion de la Judea, del Egipto, de la Grecia y de la Italia. En menos de tres siglos se dió cima á la conquista, y el Cristianismo traspasó los límites del imperio romano. La causa eficiente, su triunfo rápido y general, fue el componerse de la filosofia mas abstracta y sublime, con relacion á la naturaleza divina, y de la mas perfecta moral, respecto de la humana: nunca estos dos objetos se encontrarán reunidos en una misma religion; de suerte que esta religion se adaptó bien á las escuelas especulativas y contemplativas, cuyas iniciaciones reemplazaba; á la muchedumbre ilustrada, cuyas costumbres corregia, y á la poblacion bárbara, cuya sencillez embelesaba al mismo tiempo que mitigaba su fogosa impetuosidad.

Si el dogma de la unidad de un Dios ha podido reemplazar los absurdos del politeísmo; es decir, si una verdad ha ocupado el lugar de una fábula, ¿quien no ve que habiendo sido trocada la piedra angular del edificio social, las leyes, materiales levantados sobre esta piedra, han debido asemejarse á la sustancia elemental de sus nuevos cimientos?

¿Cómo se verificó esto? ¿Cuál fué la lucha de las dos religiones? ¿Qué se prestaron? ¿De qué se despojaron una á otra? ¿Cómo el Cristianismo, habiendo pasado de su siglo heroico á su siglo de inteligente exámen, del tiempo de sus intrépidos mártires al de sus grandes ingenios, triunfó de los verdugos y de los filósofos? ¿Cómo penetró á la vez en todos los entendimientos, en todos los usos, en todas las costumbres, en todas las artes, en todas las ciencias, en todas las leyes criminales civiles y políticas.

¿Cómo se repartieron ambos sexos los puestos en la accion general? ¿Cuál fue la influencia de las mujeres en el establecimiento del Cristianismo? ¿No se debió á las controversias religiosas y á la necesidad en que los fieles se hallaron de defenderse, la libertad de la palabra escrita, siendo el imperio del mundo el premio ofrecido al pensamiento victorioso?

¿Cuál fue en el reinado de Constantino, el efecto del advenimiento de la monarquía de la Iglesia, que debe distinguirse de la república cristiana? ¿qué produjo el movimiento reaccionario del paganismo en el reinado de Juliano? ¿qué sucedió al verificarse la trasposicion completa de los dos cultos en el Teodosio? ¿qué analogías presentaron las herejías del Cristianismo con las diferentes sectas filosóficas? Hecha abstraccion del perjuicio que pudieron causar, ¿no sirvieron las herejías para prevenir la completa barbarie, manteniendo en accion la facultad mas sutil del espíritu, en medio de los siglos mas groseros?

¿No va unido el principio de las instituciones modernas al reinado de Constantino, cinco siglos antes de lo que generalmente se supone? ¿El imperio de Occidente fue destruido por una invasion súbita de los bárbaros, ó no sucumbió sino á los esfuerzos de los bárbaros ya cristianos y romanos? ¿Cuál era el estado de la propiedad en el momento de la caída del imperio de Occidente? La gran propiedad se fundó en la conquista y la barbarie, y se descompuso por medio de la ley y la civilizacion: ¿Cual fue pues el movimiento de esta propiedad, y cómo varió sucesivamente el estado de las personas? Todas estas cuestiones y otras muchas que se desarrollarán en el curso de estos *Estudios*, no se han examinado todavía con la necesaria extension.

En la historia que se abre al pie de la cruz, y que llega hasta nuestros días, hay grandes errores que disipar, grandes verdades que establecer y mucha

justicia que rendir. En el imperio del Cristianismo, la lucha de las inteligencias y de la legitimidad contra las ignorancias y las usurpaciones cesó por grados: descubriéronse y fijáronse las verdades políticas; el gobierno representativo que Tácito considera cual una hermosa quimera, se hizo posible, y las ciencias que habian permanecido casi estacionarias, recibieron un impulso rápido de ese espíritu de innovacion que favoreció el hundimiento del mundo antiguo. El mismo Cristianismo, purificándose despues de haber atravesado los siglos de supersticion y de fuerza, vino á ser en las naciones nuevas la perfeccion de la sociedad.

Calumniósele sin embargo: los aduladores lo pintaron á Marco Aurelio como una faccion; á sus sucesores como una escuela de perversidad, y mas adelante la hipocresía desfiguró algunas veces la obra de la verdad, pretendiendo hacer fanático, perseguidor, enemigo de las letras, de las artes y de toda libertad, á lo que es la tolerancia, la caridad; la libertad y la antorcha del genio. Lejos de hacer retrogradar á las ciencias, el Cristianismo, desembrillando el caos de nuestro sér, ha manifestado que la raza humana, que los antiguos creian haber llegado á su virilidad, se hallaba aun en la cuna. El Cristianismo crece y marcha con el tiempo; es una luz cuando se mezcla á las facultades del alma, y un sentimiento cuando se asocia á los movimientos del corazon. Moderador de los pueblos y de los reyes, solo combate los excesos del poder de cualquier parte que procedan, pues en la moral evangélica, razon superior, se apoya la razon natural en su asension á la enhiesta cima á que aun no ha llegado. Merced á esta moral, hemos aprendido que la civilizacion no despoja al hombre de la independencia, y que existe una libertad, fruto de las luces, no de otro modo que existe una libertad hija de las costumbres.

Mostrábanse apenas los bárbaros en las fronteras del imperio, cuando el Cristianismo se deslizó en su seno. La coincidencia de ambos acontecimientos, esto es, la combinacion de la fuerza intelectual y de la fuerza material para la destruccion del mundo pagano, es un hecho á que se enlaza el origen, desapercibido á primera vista de la historia moderna. Algunas invasiones fácilmente rechazadas, y una religion desconocida defundiéndose entre esclavos, ¿podrian fijar acaso las miradas de los señores de la tierra? ¿Podian adivinar los filósofos que empezaba una revolucion general? Y sin embargo, conmovian tambien las antiguas ideas; alteraban las creencias y las destruian en las clases superiores de la sociedad, en la época en que el Cristianismo minaba los cimientos de esas creencias y de esas ideas en las clases inferiores. La filosofia y el Cristianismo, atacando á la par el antiguo órden del universo por los dos extremos, marchando el uno hácia el otro; dispersando á sus adversarios, se encontraron frente á frente despues de su victoria. Ambos contendientes se habian comunicado mutuamente algo en su asalto contra el enemigo comun: habíanse cedido hombres y doctrinas; mas cuando hácia la mitad del cuarto siglo fue necesario, no dividir, sino reasumir el imperio de la opinion, el Cristianismo aunque ya se habia sentado en el trono, se halló revestido al mismo tiempo de la fuerza popular, siendo así que la filosofia no tenia otras armas que el poder de los tiranos: Juliano dió el último combate y quedó vencido.

Rompiendo en todas partes las barreras, las hordas selváticas corrian á hacerse bautizar en los anfiteatros, poco antes regados con la sangre de los mártires. El Cristianismo era á la sazón democrático entre la muchedumbre romana, entre los grandes talentos emancipados, y entre las tribus salvajes: el género humano reconquistaba la libertad por medio de la moral y la barbarie.